

Felipe Oliver

DE LA FORMACIÓN DEL SUJETO AL SUJETO APESTADO: LA NOVELA DEL APRENDIZAJE EN HISPANOAMÉRICA

Resumen: Larga es la tradición de novelas de formación en las letras hispanoamericanas. El propio Fernández de Lizardi reproduce los principales códigos del género en su *Periquillo sarniento*; por el contrario, escritores más bien contemporáneos como José María Arguedas y Vargas Llosa han tomado el molde para subvertirlo. En un primer acercamiento, este trabajo discute desde Mijaíl Bajtín y Georg Lukács las características esenciales del género para posteriormente revisar cómo y por qué Hispanoamérica se apropió del modelo. Finalmente, el texto analiza dos novelas peruanas para describir cómo la formación del sujeto devino en el sujeto apestado.

Palabras clave: novela de formación hispanoamericana, el ciudadano apestado, novela peruana, José María Arguedas, Mario Vargas Llosa

Title: From Subject Formation to the Infected Citizen. The Spanish American “Bildungsroman”

Abstract: There is a long tradition of “bildungsroman” novels in Latin-American literature. Fernández de Lizardi, for example, took the model for his famous *Periquillo sarniento*, just like José María Arguedas and Mario Vargas subverted the main codes of the literary genre. Using Mijaíl Bajtín and Georg Lukács classical studies as a theoretical support, this paper explains the main principles of “bildungsroman” novels, in order to understand the contributions of Latin-American writers to the model. Later on, in a different approach, the text explores how the “educated citizen” became the “infected citizen”.

Key words: “bildungsroman” novel in Latin-American literature, the infected citizen, peruvian novel, José María Arguedas, Mario Vargas Llosa

DE LA NOVELA DE FORMACIÓN AL BILDUNGSROMAN: UNA DISCUSIÓN TEÓRICA

Para acercarse a la novela de formación o del aprendizaje conviene referirse aunque sea brevemente al término con el que se designa el género dentro de la tradición germana: *bildungsroman*. Los equivalentes castellanos, novela de *formación* o *aprendizaje*, no necesariamente aprehenden a cabalidad el sentido que engloba el vocablo germano. En palabras de Miguel Salmerón, *bildung* “designa tanto la formación corporal como la espiritual” (2002: 15). Es decir, cubre la materia y la forma. Se trata de una acotación relevante en este contexto pues, recordando la famosa tesis del Michel Foucault de *Vigilar y Castigar*, la formación consiste ante todo en la aplicación de un conjunto de medidas disciplinarias que inciden directamente sobre el cuerpo del sujeto.

Esto no quiere decir, desde luego, que la novela de formación remita a un género único y exclusivo de las letras germánicas, aunque imposible sería negar que en esta lengua cuenta con un vasto corpus teórico que media desde Johann Gottfried, Kant y Humboldt en el siglo XIX hasta Georg Lukács en el XX, mientras que el corpus literario cubre la distancia que cronológicamente separa a Goethe de Herman Hesse o Peter Handke. El género ya había sido cultivado por los clásicos griegos e incluso Mijail Bajtín en su ensayo sobre el cronotopo le dedica un capítulo. El término utilizado por Bajtín es *novela de aventuras y costumbres*. Los términos, puede ya verse, son múltiples y variados: *bildungsroman*, novela de formación o del aprendizaje, novela de aventuras y costumbres. Para respetar la tradición hispana, pues los textos que serán analizados son hispanoamericanos, utilizaré el término novela de formación. Quisiera, eso sí, que el lector tuviera en mente que la formación supone aquí un desarrollo físico y espiritual. Para describir las peculiaridades distintivas del género propongo trabajar de forma paralela con los textos teóricos “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela” de Bajtín y “Los años del aprendizaje de Wilhem Meister, como tentativa de síntesis” de Georg Lukács. Finalmente, aún cuando el primero trabajó con un conjunto de textos clásicos grecolatinos y el segundo, de alemanes, uno y otro abordaron en esencia el mismo género siendo posible entonces una discusión teórica.

Mijail Bajtín concede especial importancia al tiempo/espacio, pues de este binomio emana una peculiar interacción entre los personajes que “habitan” una ficción, una organización específica *de o sobre* los usos del cuerpo y, acaso lo más importante, un tipo de discurso. Es decir, una estructura espacio temporal lo suficientemente reconocible como para hablar de un género literario. A partir de lo anterior Bajtín estableció una tipología de la que por ahora me interesa recuperar los códigos distintivos de lo que él denomina novela de aventuras y costumbres. El texto utilizando por el teórico ruso como paradigma del género es *El asno de oro* de Apuleyo.

La novela de aventuras y costumbres relata un conjunto de peripecias, enredos, cambios de fortuna... de un individuo particular. En el proceso, y he aquí lo más importante, este sujeto *recorre* los diferentes estratos sociales, por lo que adquiere una visión

bastante completa de los usos y costumbres del espacio. Esta visión, a su vez, dará lugar a un aprendizaje, a una retroalimentación vital:

El camino de la vida del héroe en sus momentos esenciales representa, precisamente el argumento de esta novela. Pero la representación del camino de la vida tiene dos particularidades propias, que determinan el carácter específico del tiempo en dicha novela. Tales particularidades son: 1) el camino de la vida es representado bajo la envoltura de una “metamorfosis”; 2) el camino de la vida de Lucius (protagonista de *El aso de oro*) se une al camino real de los viajes-peregrinaciones de Lucius por el mundo, en forma de asno. (Bajtín 1989: 264)

La importancia del doble viaje, físico y simbólico, no escapa a Georg Lukács. El análisis del teórico húngaro tiene como noción central el desajuste del yo con el mundo. La *bildungsroman* plantearía el drama de un individuo, o más concretamente el alma de un individuo “extrañada” frente al entorno que le rodea. Este desajuste da pie al movimiento (el viaje de Bajtín) que sirve como un proceso de retroalimentación vital que permitirá a su vez mitigar el extrañamiento. Citando a Lukács, “el ideal que vive en el corazón de ese hombre y que determina su acción tiene, pues, por contenido y por fin descubrir en las estructuras sociales, lazos y realizaciones para la parte más íntima de su alma” (1971: 144). Una primera conclusión importante es que la formación, siempre refiriéndonos a la literatura, parece imposible sin la intermediación de un viaje o desplazamiento por el espacio, pues este revela la existencia de las clases sociales.

La novela del aprendizaje tiene un carácter biográfico. Sin embargo, no es la vida completa del héroe la que se refiere en el discurso, digamos desde el nacimiento hasta la muerte del personaje, recorriendo en el proceso los principales hitos biológicos de su existencia: el matrimonio, los hijos, la vejez, etc. La novela del aprendizaje más bien distingue entre un tiempo cualitativo y uno cuantitativo y narra a detalle el primero. Es decir, se concentra en un intervalo temporal corto considerando la duración total de la vida, pero significativo en tanto que se trata de los acontecimientos que marcaron para siempre al personaje, aquellos que definieron irreversiblemente su carácter y que le indicaron su lugar en el mundo. En palabras de Mijail Bajtín,

los momentos excepcionales, totalmente insólitos, de la vida humana, y muy cortos en duración, comparados con el curso de la vida en su conjunto, pero tales momentos determinan... el carácter de toda su vida posterior. Pero esa larga vida empezará a desarrollarse después del renacimiento, y, por lo tanto, se situará ya más allá de la novela. (1989: 269)

Podemos decir que si representamos la vida de una persona como una línea recta, la novela de formación separaría un segmento con un corte transversal para resaltar un fragmento vital, pues en él se produce metamorfosis. Baste con recordar que en la novela de Apuleyo el protagonista físicamente se transforma en asno. Esto no quiere decir obviamente que la metamorfosis deba leerse únicamente en su aspecto material, kafkiana, por decirlo de algún modo. La verdadera importancia de este fenómeno consiste en una

alteración en la cosmovisión individual del protagonista. Es decir, el personaje vive un determinado número de experiencias cruciales que trastornan por completo su percepción de la vida. Como observa Bajtín,

sobre la base de la metamorfosis se crea un tipo de representación de toda la vida humana en sus momentos cruciales, *críticos*: la manera en que *el hombre se convierte en otro*. Son representadas las diversas imágenes, claramente diferentes, de la misma persona, reunidas en ella como épocas y etapas diferentes de su existencia. No se da aquí un proceso de formación en sentido estricto, sino que se produce una crisis y un renacimiento [...]. Los acontecimientos representados por Apuleyo determinan la vida del héroe, y además, *toda* su vida. (1989: 268; cursillas del autor)

La metamorfosis, sí, ocurre en el plano físico, pero es mucho más significativa aquella que ocurre en el plano espiritual. Aunque la transformación física es aparatosa, al menos en el caso de Lucio lo es en exceso, ese hombre nuevo tiene más que ver con la esencia que la materia.

Lukács advierte también una metamorfosis en el personaje. Sin embargo, el húngaro no es tan optimista como Bajtín. Para Lukács lo que se produce no es una muerte y el ulterior renacimiento de una “nueva y mejor persona”, sino una renuncia o una resignación. El personaje establece un pacto con el mundo a fin de zanjar su inconformidad y decide integrarse a su entorno renunciando a su singularidad.

La divergencia entre el renacimiento optimista que señala Bajtín y la adaptación pesimista que advierte Lukács se explica desde el objeto de estudio; mientras Bajtín trabajó con novelas griegas del periodo clásico, el húngaro se enfocó en la célebre novela de Goethe. Así, para Apuleyo en particular y los griegos en general la novela de aventuras y costumbres debía mostrar como un joven se convertía en un ciudadano correcto, prudente, comedido y productivo. El género, por lo tanto, tenía una fuerte carga didáctica pues finalmente pretendía dotar al lector no tanto de un dogmático modelo de conducta a seguir como de un ejemplo sobre la necesidad de la moderación en todos los sentidos (social, sexual, económico, etc.). En la tradición germana, en cambio, el *bildungsroman* es en esencia una novela sobre la formación artística, sobre como un joven sensible llega o no a convertirse en poeta. De ahí que Lukács recele del género, pues, dada su formación socialista, rechaza las obras que promueven la alienación. El destino artístico para Lukács consiste en una falsa sublimación del destino para justificar una actitud netamente contemplativa y por tanto improductiva.

LA MIRADA DESDE AMÉRICA

Larga es la tradición de novelas de formación en nuestra literatura. De hecho, la primera novela hispanoamericana, *El Periquillo sarniento* (1816) del mexicano José Fernández de Lizardi es una novela de formación. Verdad es que reproduce los códigos característicos de la picaresca española, el relato en primera persona y la estructura en

capítulos independientes y autónomos; sin embargo, es indudable que el personaje sufre una metamorfosis. A diferencia del *Lazarillo de Tormes*, cuya picardía inicial antes que ceder se acrecienta después de recorrer un espacio social fundado en la crisis de los valores familiares, religiosos, políticos, etc., el personaje supera su cinismo inicial y desde su nueva posición moral exhorta a los lectores a seguir su buen ejemplo.

Fernández de Lizardi, y con esto me acerco al meollo del asunto, a través de su personaje más que escribir una novela funda un proyecto nacional. Publicada por entregas durante la guerra de independencia en contra de España, el escritor mexicano entiende ya como inevitable el nacimiento de una república nueva y soberana. Afirmandose en el capital moral que le confiere su rol de esposo devoto y ciudadano trabajador, el periquillo rememora sus años “negros”. En el proceso, desde luego, recorre el espacio social para reflexionar sobre el sospechoso rol de la iglesia en la sociedad hispanoamericana, para denunciar a la nobleza que, apelando a una supuesta superioridad étnica, explota al pueblo, y para cuestionar el saber universitario, al que acusa de pretencioso y poco práctico. En paralelo restituye la dignidad del trabajo manual, al que reconoce como incontaminado de la falsa erudición que pregonan los letrados, y la pureza de la familia como los valores idóneos para la formación del ciudadano ejemplar.

Desde luego, y con esto no estamos diciendo nada nuevo, Fernández de Lizardi no representa un caso aislado en la literatura y el pensamiento hispanoamericano. Al contrario, tipifica el rol, el papel, del escritor demasiado preocupado por fundar un espacio nacional como para plantearse conquistas estéticas. La razón es simple: la emancipación política impuso a las Repúblicas emergentes la necesidad de crear un sentimiento de cohesión nacional para asegurar y defender el espacio recién fundado. En este nuevo escenario más que comprensible es inevitable que la literatura sólo pudiera pensarse desde la política. O mejor dicho, que la literatura se subordinara al discurso político. Trátese de Lizardi en México, Bello en Chile, Sarmiento en la Argentina o Martí en Cuba, el intelectual latinoamericano utiliza la literatura como un vehículo ni más ni menos que para fundar un espacio nacional.

Así, volviendo a la novela de formación tal como Fernández de Lizardi la instituyó en nuestras letras, ésta se entiende como la evolución de una conciencia política. El recorrido por el espacio social tiene por objeto conocer las contradicciones propias de la época para posteriormente proponer o bien los valores “verdaderos”, el trabajo y la familia en el caso de Lizardi, o bien para apoyar una ideología política concreta. En opinión de Mario Rodríguez Fernández, la novela de formación en Hispanoamérica tiene por objeto la “domesticación” de la ciudadanía:

Sostenemos que en el origen de la novela neoclásica, romántica o realista hispanoamericana hay más que una “estrecha relación” con las estructuras político-sociales, ya que no se trata de una simple vinculación sino que el dispositivo ficticio o imaginario llamado novela es un elemento más del poder disciplinario –“estatal absolutista”– destinado a formar cuerpos útiles, dóciles y productivos. (2004: 12; cursillas del autor)

Para comprobar la tesis de Rodríguez Fernández basta con avanzar en el tiempo y revisar algunos textos canónicos dentro del género. Pienso, por ejemplo, en *Don Segundo*

Sombra (1926) de Ricardo Güiraldes, o en *Lanchas en la bahía* (1932) de Manuel Rojas. Respecto a la primera, señala Rodríguez Fernández:

No es la nostalgia por la vida gauchesca la que mueve el texto de Güiraldes, es la necesidad de aprovechar un saber autóctono (consistente en una forma tradicional de disciplinar los cuerpos) que ayude al esfuerzo civilizador, insertándolo en el nuevo tipo de saber postulado por el texto, el saber moderno del “cajetilla”. (2004: 16)

El viaje iniciático del narrador pretende descubrir en la pampa los valores “rústicos” que no obstante pueden ayudar a la consecución del proyecto modernizador de la Argentina, como la tenacidad, el coraje y el valor. Güiraldes usa a Fabio Cáceres, un joven y letrado oligarca, para recuperar el archivo oral concentrado en Don Segundo y reintegrarlo en el nuevo relato nacional fundamentado en la modernización.

En el caso de *Lanchas en la bahía* del chileno Manuel Rojas, revisar tan sólo el párrafo final de la novela es ya suficiente para comprobar la hipótesis. Me refiero a la escena en la que Eugenio, un trabajador del puerto a quien hemos visto madurar a lo largo de la novela, divisa un texto de Kropotkine, *La conquista del pan*, que llama su atención. Este acontecimiento, bajo una lectura inocente, podría ser poco trascendente. El que el joven lea el título del texto, podría pensarse, no necesariamente indica o anuncia el inicio de una conciencia política. Sin embargo, este pequeño detalle aparece en un lugar privilegiado del texto, la última página, por lo que no puede pasarse por alto. Menos aún el hecho de que el joven piense en consultar a Alejandro, pues ya el lector conoce las inclinaciones anarquistas del personaje.

Sarmentismo o anarquismo, en ambos casos la formación implica una conciencia sobre las falencias sociales inmediatas y el proyecto político adecuado para subsanarlas. Si la novela de aventuras y costumbres tiene por objeto aconsejar la moderación para una exitosa incursión en la *polis*, y la *bildungsroman* muestra como un alma sensible abraza la vocación artística, la novela de formación hispanoamericana genera adeptos para tal o cual proyecto político.

DE LA FORMACIÓN DEL SUJETO AL SUJETO APESTADO

Sirva este recorrido por la novela de formación en Hispanoamérica para acercarnos ahora a dos novelas fundamentales y canónicas; *Los ríos profundos* (1958) de José María Arguedas y *La ciudad y los perros* (1963) de Mario Vargas Llosa. En principio, puede parecer imposible relacionar las mismas con el género de formación por la ausencia del viaje iniciático, del desplazamiento por entre las diferentes capas que en conjunto componen el espacio social, ya que el internado es por naturaleza un espacio de reclusión. En *Los ríos profundos*, sin embargo, el internamiento de Ernesto es precedido por un largo viaje por entre los pueblos del Perú, lo que le permite formarse una idea bastante completa sobre los contrastes de su país. Y lo más importante, en la escuela conviven alumnos y profesores pertenecientes a las diferentes etnias y clases sociales que configuran su

país, por lo que las tensiones y prejuicios que conoció durante el peregrinaje se manifiestan incluso con mayor potencia gracias al encierro. Por dar algunos ejemplos, Lleras y el Añuco se ensañan con Palacitos por el simple hecho de que proviene de “un ayllu de indios” (1998: 73) y, éste, fiel al estigma heredado por siglos de represión, es débil y sumiso. El hermano Miguel, por su parte, debe soportar todo tipo de ofensas sólo porque su tez es negra, mientras que Valle, de piel blanca, habla aglutinando una cita erudita detrás de la otra y cuida excesivamente sus trajes en un afán de emular a la oligarquía limeña. Antero, por último, es hijo de hacendados y aunque estima a los indios no vacila en afirmar “yo, hermano, si los indios se levantaran, los iría matando, fácil” (1998: 194). Arguedas, es evidente, recurre a personajes prototípicos para entregar un espacio que condense y reproduzca la variedad étnica y socioeconómica que caracteriza al Perú.

El mismo fenómeno se repite incluso con mayor claridad en *La ciudad y los perros* de Vargas Llosa. Alberto es un limeño burgués de tez blanca, Cava un cholo de la sierra, el Boa un oriental de la Amazonía, el Negro Vallano lleva la marca racial en el mote, etc. Esta heterogeneidad concentrada, por llamarla de algún modo, en realidad es uno más de entre los muchos rasgos hiperrealistas de la novela. Al periodista Sergio Vilela Galván debemos un valioso texto titulado *El cadete Vargas Llosa* (2003) en donde recoge la historia del Leoncio Prado en general y la experiencia biográfica del famoso novelista peruano en esta institución. De acuerdo con la información documentada por Vilela, el Leoncio Prado, fundado en 1943 por el presidente Manuel Prado, reunía estudiantes de todo el Perú gracias a las becas que el gobierno repartía a lo largo y ancho del país. Citando a Vilela,

A pesar de que la mayoría de los alumnos eran limeños, todo estaba dispuesto para que cada departamento recibiera las plazas correspondientes a su población estudiantil de forma equitativa. Ser leoncinopradino era un privilegio que no cualquiera podía tener. Sin embargo, la clase acomodada a la que pertenecía Vargas Llosa miraba a los cadetes como miembros de una casta menor, pero que poseía ese encanto militar que siempre ha atraído sutilmente a quienes dominan el país.

Los padres de familia solían mandar al Leoncio Prado a aquellos hijos incorregibles, sobre quienes su voz de mando había perdido control...

Por otro lado, estaban aquellos padres que frente a la sospechosa delicadeza de sus hijos, creían que la formación militar los obligaría a componerse. Y también había mucho cadete que estaba en el Leoncio Prado por necesidad: ser cadete becario era un ahorro enorme para las familias pobres que empezaban a abundar en todo el país. (2003: 25-26)

El internado escolar se convierte entonces en lo que Michel Foucault define como heterotopía¹. Es decir, un espacio que simbólicamente condensa a *todos* los espacios, en donde el individuo se enfrenta con la diversidad y como si estuviese parado frente al espejo toma conciencia del lugar que ocupa en el entorno. Verdad es que la imagen reflejada en el espejo es una ilusión, tal como el internado es una alegoría de la nación, pero el espejo y el sujeto existen, por lo que el descubrimiento de la alteridad moldea efectivamente la subjetividad del yo.

¹ Véase «Des espaces autres» de Michel Foucault (1984: 46-49).

En el internado el encuentro con la diversidad se produce y acaso con mayor violencia que en la novela de formación convencional, ya que los múltiples “otros” confluyen en el mismo recinto cerrado y reducido. De hecho, el personaje de Paulino, descrito en el texto como un “injerto: ojos rasgados de japonés, ancha jeta de negro, pómulos y mentón cobrizos de indio, pelos lacios” (Vargas Llosa 2000: 162), condensa en su cuerpo la alteridad racial del Perú. A pesar del corte sin duda realista de la novela, Paulino no puede ser considerado sino como una alegoría, una figura carnavalesca. Su mismo apodo es tan elocuente como sugestivo, pues su físico lo asemeja a las máscaras y disfraces prototípicos del carnaval, manufacturados a partir de utensilios *injertados* que a decir de Mónica Rector funcionan “como una caricatura colectiva” (1984: 160) que “representa un deseo escondido, que resume a la persona que usa el disfraz, el papel que representa y el que quisiera representar” (*ibid.*). Significativa es también su reacción frente a las competiciones masturbatorias que practican los cadetes en la trastienda de su local:

Todo su rostro había cobrado una animación extraordinaria, las aletas de su nariz se inflaban, sus labios amoratados, muy abiertos, avanzaban en busca de una presa, sus sienes latían. El sudor bañaba su rostro exacerbado. “Y ahora se sentará, se pondrá a respirar como un caballo o como un perro, la baba le chorreará por el pescuezo, sus manos se volverán locas, se le cortará la voz... dará de patadas en el aire, silbará con la lengua entre los dientes, cantará, gritará, se revolcará sobre las hormigas, las cerdas le caerán en la frente..., se tenderá en la tierra, hundirá la cabeza en la hierbita y en la arena, llorará, sus manos y su cuerpo se quedaran quietos, morirán”. (Vargas Llosa 2000: 171)

En Paulino se conjuga y condensa el placer que cada uno de los cadetes experimenta mediante la auto-erotización. No en vano la intensidad que genera el trance es descrita mediante una acumulación de secreciones: el sudor baña el rostro, la saliva se escurre, las lágrimas aparecen y los estudiantes eyaculan. Y si consideramos que la secreción es el deshecho, la materia que se renueva a sí misma, a través de la masturbación colectiva que afecta con especial fuerza a Paulino, la heterogeneidad del Perú por un instante se homogeniza en un sólo y único “injerto nacional”. Apenas termina el rito, las divisiones raciales, sociales y económicas que separan al país renacen y el otro recupera su otredad.

Y en un segundo orden de ideas, destaca el que el gobierno proponga la instrucción militar como la panacea universal para los males del Perú: educación, pobreza, homosexualidad y rebeldía encuentran solución en institutos castrenses como el Leoncio Prado (incluso el internado de Abancay descrito por Arguedas es profundamente militar a pesar de ser administrado por la iglesia). ¿No es entonces natural que el ejército reclame, más que el derecho, la necesidad de intervenir el espacio social para sanar la totalidad de los males que aquejan al país?

Por otra parte, las becas y los subsidios que recibían cientos de provincianos a lo largo y ancho de la región reflejan un claro afán por extender las bondades del modelo militar hasta cubrir la geografía física del país y con ello la totalidad de las prácticas sociales. Los estudiantes de provincias son apartados de su entorno habitual para ser militarizados, o sea reducidos y automatizados en Lima. No hay que olvidar que el propio

Michel Foucault considera al internado escolar como un ejemplo prototípico de heterotopía de desviación, pues aísla a los adolescentes del espacio social a fin de que la formación-sometimiento ocurra en *otro lugar*.

La transgresión verdaderamente significativa entre las novelas que ahora nos convocan con relación al género del aprendizaje, aquella que me permite proponer el término antiformación, reside en la metamorfosis. Si la novela de aventuras y costumbres en la Grecia clásica narra como un joven se transforma en un ciudadano cauto y moderado, el *bildungsroman*, la confirmación del destino artístico y la novela de formación hispanoamericana, el despertar de una conciencia política concreta, la novela de antiformación describe el fracaso definitivo del individuo y, en un nivel más amplio, del proyecto nacional que desde sus orígenes la novela de formación hispanoamericana se proponía fundar. Ahondemos en esta línea.

La experiencia en el internado marca para siempre al adolescente, pero los efectos de este cambio que el lector, a decir de Bajtín, debe intuir más allá del libro, no apuntan a un desarrollo o crecimiento espiritual personal, ni mucho menos a una toma de conciencia sobre la necesidad de construir un nuevo y mejor espacio nacional. Por el contrario, apuntan hacia el reconocimiento del mal –representado en *Los ríos profundos* a través de múltiples personajes y signos como el Viejo, Lleras o la peste–, de la desigualdad social, de la corrupción general de las instituciones y, más que nada, de la imposibilidad de combatir todo lo anterior. Mientras *Lanchas en la bahía*, por poner un caso, termina con el reencuentro feliz del protagonista con sus camaradas, Alejandro y el Rucio, una travesía marítima por tierras desconocidas y una incipiente conciencia político-social, la novela de Arguedas finaliza con Ernesto “solo en el caserón del colegio” (1998: 292), en una ciudad asolada por la peste, imposibilitado de buscar a su padre y con un amargo reencuentro con El Viejo en su futuro inmediato. Esto quiere decir que al finalizar el ciclo escolar el paisaje que rodea a Ernesto tanto como su futuro inmediato comprende tan sólo soledad, desolación y amargura. Y su experiencia no constituye un caso aislado, basta con revisar el destino final de algunos de sus compañeros; Lleras es expulsado de la institución por insultar al hermano Miguel y de acuerdo con las habladurías podría haber sufrido un grave accidente al huir de Abancay en compañía de las rebeldes de la chichería, Antero se deja influenciar por Gerardo y se convierte en un macho cínico, y el Pelucas literalmente enloquece con la muerte de la Demente. El cuerpo estudiantil y su potencial colectivo se fracturan de manera irremediable e irreversible en un conjunto de cuerpos individuales, divididos y “apestados”.

El término apestado surge del análisis de Michel Foucault sobre la ciudad afectada por la peste a la que por cuestiones de sanidad es necesario vigilar de manera permanente. En efecto, de acuerdo con Foucault en *Vigilar y castigar*, una vez que brotaba la plaga la ciudad, ésta quedaba a cargo del poder militar que bajo la amenaza de pena de muerte prohibía a los ciudadanos cualquier entrada y/o salida no autorizada. Para ello se establecía una estricta división espacial que fragmentaba la ciudad en secciones, cada una de ellas debidamente vigilada por las autoridades correspondientes. Todo lo anterior tenía por objeto la vigilancia permanente que no es otra cosa que el máximo control de los cuerpos en el tiempo y en el espacio. Por último, los infectados eran sacrificados en aras del bien común.

Las similitudes entre el accionar del poder durante la amenaza de la peste en el siglo XVIII y la filosofía de la educación en el Perú (y no sería descabellado ampliarlo al resto de Hispanoamérica) durante el pasado siglo son evidentes. Aquí importa mucho menos que en el primer escenario el combate se libre en contra de una amenaza biológica y en el segundo, ideológica; en ambos casos el objetivo consiste en controlar a los ciudadanos, aislarlos y reducirlos para evitar el tránsito y la movilidad a fin de garantizar la continuidad de un modelo específico de organización social. De hecho, la literatura hispanoamericana está cruzada por una dicotomía que confronta dos espacios, uno de ellos apestando y el otro puro e ideal que se aspira construir o, en caso de que ya exista, a defender. ¿Qué es la eterna polémica de civilización versus barbarie sino la tensión latente entre espacio apestando y espacio puro? Si para Sarmiento, por ejemplo, la ciudad es el antídoto para el retraso cultural de la pampa, siendo entonces necesario extender la misma por el total de la geografía argentina para erradicar de manera definitiva el mal que aqueja al país, José Martí opina lo contrario e invita al lector a encontrar en la naturaleza americana un escape a los embustes de la ciudad letrada.

Arguedas, en consonancia con las tesis de José Carlos Mariátegui, quien en los *Siete ensayos sobre la realidad peruana* escribió que “la educación nacional, por consiguiente, no tiene un espíritu nacional: tiene más bien un espíritu colonial y colonizador” (1957: 91), denuncia la vigencia del modelo fálico-oligárquico-centrista en pleno siglo XX. Para comprobar lo anterior sirva el siguiente pasaje de la novela:

El padre director empezaba suavemente sus prédicas. Elogiaba a la Virgen con palabras conmovedoras. Su voz era armoniosa y delgada, pero se exaltaba pronto. Odiaba a Chile y encontraba siempre la forma de pasar de los temas religiosos hacia el loor de la patria y de sus héroes. Predicaba la futura guerra contra chilenos. Llamaba a los jóvenes y a los niños para que se prepararan y no olvidaran nunca que su más grande deber era alcanzar el desquite. Y así, ya exaltado, hablando con violencia, recordaba a los hombres sus otros deberes. Elogiaba a los hacendados; decían que ellos eran el fundamento de la patria, los pilares que sostenían su riqueza, se refería a la religiosidad de los señores, al cuidado con que conservaban las capillas de las haciendas y a la obligación que imponían entre los indios de confesarse, de comulgar, de casarse y vivir en paz, en el trabajo humilde. (1998: 60)

A través de la prédica el padre director exalta por igual a la iglesia, al ejército y a la hacienda, “santísima trinidad” de la ciudad letrada, espacios puros que aseguran y mantienen el orden social vigente. Para ello, es necesario “convencer” al indio de su condición de humilde siervo condenado a sufrir en noble resignación. No en vano el propio Vargas Llosa en el ensayo que le dedicó a Arguedas, *La utopía arcaica*, señala que “la invasión de los indios colonos a la ciudad de Abancay descrita en *Los ríos profundos* prefiguraba «la sublevación» que sobrevendría en el Perú cuando llegara «ese hombre que la ilumine» y los haga «vencer el miedo, el horror que les tienen» a los gamonales” (2010: 20). A la espera de esa revolución, Arguedas entrega una novela en donde la peste es tan literal como metafórica; el espacio padece efectivamente de una epidemia tanto como el Perú sufre de una serie de desigualdades insalvables. Y aunque existen personajes lo su-

ficientemente puros como para convivir con la enfermedad sin contagiarse de ella, me refiero a Palacitos y al propio Ernesto, ni uno ni otro pretenden fundar y/o defender un nuevo y mejor relato nacional, pues saben que carecen de la fuerza para presionar socialmente. Por consiguiente, a través de la naturaleza y del significado mágico que otorgan a una serie de juguetes artesanales, canalizan su sensibilidad, no para transformar al resto, sino más bien para conservarse, ellos, puros.

En *La ciudad y los perros* los resultados son también desalentadores; al igual que en la novela de Arguedas, el cuerpo estudiantil se fractura en un conjunto de estudiantes aislados, reprimidos y “domesticados”. Por sólo mencionar los casos más enigmáticos, Cava es expulsado de la institución, el Esclavo es asesinado y el teniente Gamboa, máximo defensor del modelo militar y único miembro del plantel dispuesto a combatir los “focos infecciosos” que amenazaban al mismo, es transferido. Pero, en definitiva, la experiencia que mejor ejemplifica el retroceso formativo es Alberto. Ya en el primer capítulo de la novela encontramos la siguiente reflexión: “Podría ir y decirle dame veinte soles y ya veo, se le llenarían los ojos de lágrimas y me daría cuarenta o cincuenta, pero sería lo mismo que decirle te perdono lo que le hiciste a mi mamá y puedes dedicarte al puterío con tal que me des buenas propina” (Vargas Llosa 2000: 24). Este monólogo interno es, por decirlo así, la presentación de Alberto en la novela; antes de que el lector sepa siquiera su nombre, conoce ya el profundo rencor que guarda en contra del padre por su conducta promiscua. Quinientas páginas más adelante, recién terminado el ciclo escolar, Alberto “se despide” de la novela con una reflexión muy diferente:

Alberto pensó “Estudiaré mucho y seré un buen ingeniero. Cuando regrese, trabajaré con mi papá, tendré un carro convertible, una gran casa con piscina. Me casaré con Marcela y seré un donjuán. Iré todos los sábados a bailar al Grill Bolívar y viajaré mucho. Dentro de unos años ni me acordaré que estuve en el Leoncio Prado”. (Vargas Llosa 2000: 540)

Todo ha regresado al lugar que corresponde y ese es justamente el problema. Al salir del internado, Alberto pretende abrazar el mismo proyecto de vida que al principio de la novela despreciaba. Es decir, pretende reproducir la misma conducta machista y arribista del padre, quien precisamente internó al muchacho en el Leoncio Prado porque “podía burlarme de los curas pero no de los militares” (541). La experiencia escolar le permite entonces asumir su condición limeño-burguesa para ejercer en lo sucesivo un rol social que, lejos de subvertir o modificar las diferencias económicas y sexuales de su país, pretende confirmarlas. La diferencia apunta al medio, al entorno; a diferencia de la Abancay descrita por Arguedas, en donde el tiempo parece no haber transcurrido en siglos, en la capital del Perú los “barrios ya no constituyen dominios infranqueables” (Vargas Llosa 2000: 304). Hablamos de una urbe en expansión en la que emergen suburbios industriales y comerciales poblados por “obreros y sirvientas, mestizos de pelos lacios, zambos que se cimbreaban al andar como bailando, indios cobrizos, cholos risueños” (150). En Lima el relato religioso ya no es capaz de contener el orden social y las fronteras geoculturales, raciales, económicas, corroídas pero vigentes en provincia, se diluyen hasta confundirse. No es de extrañar entonces que Alberto reafirme su condición privilegiada a partir de un estilo de vida “moderno”, norteamericano (el carro convertible y la casa con piscina), accesible

sólo a una minoría. Sin embargo, para asumir y disfrutar cabalmente de todos los beneficios contenidos en su condición social, Alberto debe olvidar la experiencia del internado. El (re)conocimiento de la desigualdad, la injusticia y la corrupción han producido el profundo resquebrajamiento entre el yo y su entorno del que hablaba Luckács, y éste desfase difícilmente podrá ser subsanado. El anhelado olvido parece imposible y Alberto se convierte en un apestado. Y ya no en el sentido foucaultiano del término, o sea como un ciudadano peligroso al que es necesario monitorear o incluso eliminar (el Leoncio Prado ya lo ha domesticado), sino como un individuo apático y frustrado.

Recapitulando, si la novela de formación hispanoamericana convoca sarmentistas, socialistas, anarquistas... para fundar y/o defender un nuevo y mejor relato nacional, la novela de antiformación forma nihilistas, alienados y/o sujetos apáticos que conscientes de la imposibilidad de combatir la infección se limitan a desfondar el o los relatos preexistentes. Esto no quiere decir que Ernesto y Alberto carezcan de un pensamiento crítico. Al contrario, ambos personajes tienen en común la posesión de la letra; recordemos que uno y otro escriben cartas a las enamoradas de los compañeros a cambio de algún beneficio, y sabemos de sobra gracias a Ángel Rama y Luis Costa Lima (1992: 110-185) que en Hispanoamérica el interés o la posesión de la palabra significan una mirada crítica sobre el espacio político antes que una sensibilidad espiritual superior, sello distintivo del *bildungsroman*. El lugar desde el cual advierten la podredumbre varía; mientras Arguedas denuncia la vigencia de un Perú colonial del todo visible en el interior, Vargas Llosa nos muestra el lento, desigual y fracasado advenimiento de la modernidad en la capital del país. El primero muestra la continuidad de la ciudad letrada y el segundo, su progresiva e inevitable caída (cf. Franco 2003).

La “aptitud letrada” permite a los protagonistas mantener una distancia ideológica con relación a los métodos disciplinarios en la medida en que advierten cómo el internado cultiva y al mismo tiempo promueve en su interior las prácticas nocivas que paradójicamente se jacta de combatir, como el abuso sexual por ejemplo. Si en el plano físico ceden a la automatización que se exige de sus cuerpos para el cabal cumplimiento de sus deberes, en el plano mental son conscientes de las contradicciones del sistema. Y puesto que no pueden combatirlo, se limitan tan sólo a despreciarlo con vehemencia. Este contraste alcanza su punto más álgido en el caso de Ernesto, el protagonista de *Los ríos profundos*, quien al saberse estancado en un espacio hostil despliega toda su energía en la reconstrucción de un pasado imaginario que le permite hasta cierto punto evadir el presente. Mientras el cuerpo permanece recluido su alma recorre una geografía sublimada, mágica, que ya nada tiene que ver con la Abacay “carcomida y convulsionada por el terror al infierno y el odio a la vida” (Klaren 1973: 116). El espacio del recuerdo, por lo demás, ha sido doblemente sublimado si consideramos que el narrador genera su relato desde la edad adulta. Por lo tanto, las descripciones de la naturaleza son el recuerdo del recuerdo de la infancia. No está de más preguntarse el porqué de este “doble viaje” al pasado. ¿Acaso la experiencia del internado resultó tan traumática que incluso muchos años después es necesario seguir posicionándose en la infancia como el único medio para evadir el presente? El caso de Alberto es apenas diferente. Si en un momento intentó combatir al régimen mediante la denuncia, pronto comprende que es inútil y abdica. A partir de ese momento el único camino posible es el olvido, improbable por lo demás.

José María Arguedas y Mario Vargas Llosa transforman el internado escolar en una sugestiva alegoría para reflexionar sobre la desigualdad social del Perú, la vigencia de la hacienda y el cacicazgo en ciertos sectores del país, y el fracaso del proyecto integrador moderno. En el proceso, dialogan con la tradición literaria hispanoamericana al tomar algunos códigos característicos de la novela de formación, para posteriormente invertirlos. Lejos de defender un modelo político concreto, se inclinan por el escepticismo al proponer como personaje al adolescente desencantado ideológicamente que deviene en el sujeto apestado contemporáneo.

BIBLIOGRAFÍA

- ARGUEDAS, José María (1998) *Los ríos profundos*. Buenos Aires, Losada.
- BAJTÍN, Mijail M. (1989) "Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela; ensayos de poética histórica". En: *Teoría y estética de la novela*. Madrid, Taurus: 237-409.
- COSTA LIMA, Luiz (1992) "Literature and Society in Hispanic America; Nineteenth and Early Twentieth Centuries". En: *The Dark Side of Reason. Fictionality and Power*. Stanford, Stanford University Press: 110-185.
- FOUCAULT, Michel (2000) "Disciplina". En: *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Argentina, Siglo XXI: 139-233.
- (1984) "Des espaces autres" (conférence au Cercle d'études architecturales, 14 mars 1967). *Architecture, Mouvement, Continuité*. 5: 46-49.
- FRANCO, Jean (2003) *Decadencia y caída de la ciudad letrada*. Madrid, Debate.
- KLAREN CASTRO, Sara (1973) *El mundo mágico de José María Arguedas*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- LUKÁCS, Georg (1971) "Los años del aprendizaje de Wilhelm Meister, como tentativa de síntesis". En: *Teoría de la novela*. Barcelona, Edhasa: 143-155.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1957) *Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana*. Lima, Amauta.
- RECTOR, Mónica (1984) "El lenguaje de los objetos de carnaval". En: Umberto Eco, V. V. Ivanov y Mónica Rector, *¡Carnaval!* México, Fondo de Cultura Económica: 151-182.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Mario (2004) "Novela y poder. El panóptico. La ciudad apestada. El lugar de la confesión". *Atenea*. 49: 11-32. [En línea:] http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-04622004049000002&script=sci_arttext.
- SALMERÓN, Miguel (2002) *La novela de formación y peripecia*. Madrid, Antonio Machado Libros.
- VARGAS LLOSA, Mario (2000) *La ciudad y los perros*. Barcelona, Seix Barral.
- (2010) *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*. Madrid, Alfaguara.
- VILELA GALVÁN, Sergio (2003) *El cadete Vargas Llosa. La historia oculta tras "La ciudad y los perros"*. Santiago de Chile, Planeta.